

# Norberto Galasso

## La larga lucha de los argentinos

LA LARGA LUCHA  
DE LOS  
ARGENTINOS

NORBERTO GALASSO

LA LARGA LUCHA  
DE LOS  
ARGENTINOS

Y cómo *la cuentan* las diversas  
corrientes historiográficas

VOLVER A SOÑAR

EDICIONES DEL PENSAMIENTO NACIONAL

Galasso, Norberto

La larga lucha de los argentinos : Y cómo la cuentan las diversas corrientes historiográficas - 1ª ed. 2º reimp. -  
Buenos Aires : Colihue, 2006.

184 p. : 20x12 cm.- (Ediciones del pensamiento nacional)

ISBN 950-581-807-6

I. Historia de la Argentina, libros de texto para la enseñanza media. I. Título

CDD 375.982.045

Diseño de colección:

Diego Soraires - Marcelo Bonelli (Estudio Gropius)

Diseño de tapa:

Diego Soraires - Marcelo Bonelli (Estudio Gropius)

1ª edición / 2ª reimpresión

© Ediciones del Pensamiento Nacional

Distribución exclusiva: Ediciones Colihue S.R.L.

Av. Díaz Vélez 5125

(C1405DCG) Buenos Aires - Argentina

www.colihue.com.ar

ecolihue@colihue.com.ar

I.S.B.N.-10: 950-581-807-6

I.S.B.N.-13: 978-950-581-807-5

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPERSO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

## INTRODUCCIÓN

### *Corrientes historiográficas en la Argentina*

La historia es el relato de los sucesos, así como de su encadenamiento, ocurridos en el pasado.

Esa reconstrucción se sostiene en el conjunto de testimonios que prueban la veracidad de los hechos que se relatan, tanto se trate de documentos —públicos o privados— datos, objetos, memorias de testigos, etc. La acumulación y ordenamiento de estos materiales constituye la Heurística, una de las columnas de la Historia. La interpretación de ese cúmulo informativo, estableciendo el cómo se articulan los sucesos entre sí, constituye la Hermenéutica y es la otra columna que sustenta a la Historia.

Respecto a la Heurística pueden señalarse dos tipos de desviaciones. La primera se verifica cuando el historiador omite lisa y llanamente determinados hechos, como si no hubiesen sucedido. (Por ejemplo, la Historia escolar oculta las sangrientas represiones ejecutadas por el gobierno de Mitre, entre 1862 y 1866, en las provincias interiores). La segunda cuando se relatan acontecimientos cuya veracidad resulta discutible y no se los apoya con la fuente documental que los certifica. (Por ejemplo, en los últimos tiempos, resulta habitual obviar las citas a pie de página —con la excusa de que fatigan al lector— limitando la apoyatura a un grupo de comentarios o referencias a fin de capítulo, que dejan sin fundamento a buena parte de asertos de dudosa veracidad).

Pero más graves aún son los equívocos y confusiones producidos en el campo de la Hermeneútica. Aquí ya no se trata de desviaciones ocasionales sino que toda la interpretación que desarrolla naturalmente cada historiador se encuentra teñida por su particular cosmovisión ideológica.

El pasado ocurrió de una sola manera, pero el juicio acerca de lo sucedido, favorable o desfavorable, varía según la escala de valores del relator (Quien juzga que el progreso argentino deviene de la apertura económica y el ingreso del capital extranjero exalta la política rivadaviano-mitrista, y ésta, a su vez, resulta descalificada por quienes postulan el crecimiento "hacia adentro" a través del proteccionismo y la aplicación planificada del ahorro interno). Detrás del relato —y aún descartando toda intención engañosa por parte del historiador— está presente su ideología, la cual colorea a su modo los sucesos relatados, otorgando mayor o menor importancia a cada uno, reconociéndoles perfiles positivos o negativos, ofreciendo unas u otras explicaciones, según su particular óptica.

El historiador no puede contar el pasado sin someter los hechos a su propio lente ideológico. "La Historia —se ha dicho— es la Política pasada, así como la Política es la Historia presente". Ayer y hoy, las luchas sociales y políticas cubren el escenario y evidencian proyectos antagónicos que promueven disgusto o ganan simpatías. Avances y retrocesos —en diversos niveles— se suceden en el devenir de las sociedades humanas impidiendo, al historiador, idéntico signo valorativo sobre unos y otros. Podrá, por supuesto, moderar al máximo la adjetivación, pero al concluir su relato dejará inevitablemente un sabor dulce o amargo en relación a los temas considerados. Podrá apelar a un lenguaje aséptico, desapasionado, neutro —supuestamente científico o académico— pero en las entrelíneas, en los tonos, en la mayor o menor extensión dedicada a ciertos acontecimientos, en el modo

particular de redacción, se filtra su ideología.

Por esta razón —y dada la existencia de diversas ideologías confrontando en la Argentina— se manifiestan diversas corrientes historiográficas. No porque ellas mantengan diferencias en razón de metodologías o referentes, sino porque detrás de cada una, batallando por la interpretación del ayer, hierven concepciones contrapuestas que son las mismas que disputan en la política del presente con proyectos distintos para el futuro. (En última instancia, detrás de cada versión histórica y de cada ideología, se encuentran grupos sociales con intereses enfrentados).

Por lo expuesto, no condenamos a los historiadores por «tendenciosos» o parciales. Sí, en cambio, les reclamamos que se reconozcan como tales. El gran engaño no consiste en que Mitre o Grosso interpreten la Historia desde su concepción conservadora-liberal, sino que lo hagan pretendiendo que sus versiones no obedecen a ideología alguna y por tanto, deben enseñarse en las escuelas como la única y verdadera Historia. Allí reside la mentira que es necesario desnudar porque cuando el estudiante aprende a emplear determinados juicios de valor en el análisis de la Historia (Política pasada), ya se está conformando en él una manera de reflexionar —y una escala de valores— que luego aplicará a la Política (Historia presente). (Si los caudillos federales no expresan reclamos sociales, sino la incultura del pueblo, todo líder de masas significa el retorno de la barbarie analfabeta).

No pretendemos una imposible Historia neutra. Sólo reclamamos que se reconozca que hay diversas interpretaciones que responden a distintas ideologías. A todas ellas debe exigírsele la mayor rigurosidad científica en los datos, como en la documentación que los avala, al tiempo que debe aceptársele la mayor libertad en la interpretación que responde a cada peculiar cosmovisión

del mundo. En esas condiciones, una auténtica democracia debería asegurar la posibilidad de confrontación entre las diversas corrientes, tanto en las escuelas, como a través de los medios de comunicación masivos. De esa polémica, todo aquel que se interesase por estos problemas, podría decidir cuál de esas recreaciones del pasado resulta más verídica, cuál ofrece una articulación más creíble de los acontecimientos, cuál apunta a rescatar, en las luchas del ayer, aquellos valores que merecen ser preservados y desarrollados en el futuro.

Esta polémica, propia de los pueblos que angustiosamente atisban su destino, resulta necesaria en la Argentina de hoy. Con el propósito de que algún día sea posible, este ensayo intenta mostrar, en sus perfiles más netos, las diversas corrientes historiográficas que responden a las distintas ideologías en pugna. Ellas son: la Historia Oficial, la corriente liberal de izquierda, el revisionismo rosista, el revisionismo histórico forjista, el revisionismo rosista-peronista, la corriente de Historia Social y el revisionismo socialista, latinoamericano o federal-provinciano.

### **I. La Historia Oficial**

Llamamos Historia Oficial a la que se enseña, desde hace décadas, en los diversos niveles de la enseñanza y predomina en los medios masivos de comunicación como única verdad, indiscutida e indiscutible, expresándose, asimismo, en los discursos y la iconografía oficial, como también en las estatuas de las plazas y las denominaciones de calles y localidades.

También la llamamos "Historia Liberal" porque interpreta y valora los acontecimientos desde un enfoque ideológico "liberal-conservador" (Es decir, un liberalismo que hace eje en lo económico con el libre juego del mercado y la apertura al exterior, pero que se vacía

del contenido democrático que tuvo en la Revolución Francesa y se impregna de una concepción elitista y antipopular).

Asimismo, la denominamos "Historia Mitrista" porque Bartolomé Mitre fue su principal propulsor. Esta circunstancia ratifica la estrecha dependencia entre Historia y Política porque Mitre ejerce, al mismo tiempo, el liderazgo de la clase dominante a partir de Pavón y por varias décadas. Resulta, entonces, natural que su óptica histórica responda a la concepción de los constructores de la "Argentina granero del mundo", dependiente del Imperio Británico. (El general, político e historiador pertenece a una de las familias más poderosas de la Argentina— "ser hijo de Mitre", en el lenguaje popular del pasado equivalía a "tener la bolsa de los Anchorena" —y además, el predominio de sus ideas se aseguró con la fundación del matutino "La Nación", siendo Mitre, como dijera Homero Manzi, "un prócer que se dejó un diario de guardaespaldas"). Este "padre" de la Historia Argentina "inauguró la escuela erudita"<sup>1</sup> convirtiéndose, en su polémica con Vicente Fidel López, en el más riguroso custodio de la Heurística, lo que no impidió, sin embargo, que cuando le acercaran una copia del Plan de Operaciones redactado por Mariano Moreno —que contradecía su imagen amable del Secretario de Mayo— la perdiese distraídamente.

Esta corriente historiográfica —dominante durante un siglo, en la medida en que, como dijera alguien, "las ideas dominantes en una sociedad son las ideas de la clase dominante"— analiza nuestro pasado desde la óptica de las elites dueñas del país. Para ella, como sostiene Alberto J. Pla, "son las minorías ilustradas las que realizan la Historia"<sup>2</sup>. Por eso, precisamente, se cen-

<sup>1</sup> Miguel Ángel Scenna. *Los que escribieron nuestra Historia*. Ediciones La Bastilla, 1976, p. 59.

<sup>2</sup> Alberto J. Pla. *Ideología y método en la historiografía argentina*. Ediciones Nueva Visión, 1972, p. 33.



tra en unas pocas personalidades —Rivadavia, Mitre, Sarmiento— las cuales resultarían artífices de una Argentina blanca, europeizada, desvinculada del resto de América Latina, construida a través de un proceso resistido por las masas “bárbaras” y sus caudillos, quienes no habrían comprendido la necesidad “del progreso y la civilización” que permitiría asemejarnos a los grandes países del mundo.

Los principales divulgadores de esta Historia Liberal fueron Vicente Fidel López (*Manual de la Historia Argentina, dedicado a los profesores y maestros que la enseñan*) y Luis L. Domínguez (perteneciente al grupo de unitarios exilados bajo el rosismo y emparentado con Florencio Varela) con su *Historia Argentina*, a quienes sucedieron Alfredo Grosso, Juan C. Astolfi y Ricardo Levene, entre otros. Y por supuesto, la mayor parte de políticos e intelectuales consagrados, así como periodistas, profesores, etc., todos ellos expresión de ese pensamiento de la clase dominante que prevalece en radios, diarios, escuelas y pantallas televisivas.

A riesgo de reiteración, debe insistirse en que este relato histórico oficial se ofrece a ingenuos lectores y oyentes como versión «neutra», depurada de toda influencia ideológica o interés político, de tal manera que adormece toda duda o espíritu crítico. Ocurre, así, algo semejante a lo que sucede con “la gran prensa seria”, presentada como “información que no responde a ningún partido político” y por tanto, preferible a los periódicos partidarios, cuando, sin embargo, las noticias publicadas, tanto en el enfoque como en el modo de ofrecerlas (página par o impar, arriba o abajo, títulos, copetes, etc.) han pasado previamente por el prisma de los intereses e ideología del propietario y de los avisadores.

Con respecto a esa supuesta “neutralidad”, resulta útil recordar que cuando Adolfo Saldías —liberal, admirador de Rivadavia, luego alemista— publicó su honesta

*Historia de Rosas* y se la envió a Mitre señalándole que había que terminar con “la prédica de los odios”, el general-historiador le opuso: “...Conscientemente guardo los nobles odios que me animaron en la lucha”<sup>3</sup>. Precisamente, de esos “nobles odios” está nutrida esa Historia Liberal que nos muestra un Artigas perverso, un Facundo Quiroga lúbrico y un Felipe Varela bandolero.

## II. La corriente liberal de izquierda

La Historia Oficial ha generado, años atrás, una variante de izquierda conformada por historiadores vinculados a los Partidos Socialista y Comunista. Sometidos ideológicamente al liberalismo conservador —en la misma medida en que dichos Partidos se sometían, “por izquierda”, a las concepciones de la clase dominante— estos historiadores se limitaron a celebrar a los mismos próceres y maldecir a los mismos réprobos que eran celebrados y maldecidos, respectivamente, por la Historia Liberal. El tono distintivo de su “izquierdismo” sólo estuvo dado, en algunos, en el empleo de la fraseología marxista, aunque vaciada, por supuesto, de todo contenido. (Irónicamente, se los rotuló “mitro-marxistas”). Así, José Ingenieros, en su *Evolución de las ideas en la Argentina*, exalta a la raza blanca en detrimento del mestizo latinoamericano, aunque en los últimos años de su vida rectifica esa posición y asume el antiimperialismo desde *La Unión Latinoamericana*. Del mismo modo, Alfredo L. Palacios, en su *Esteban Echeverría, albacea del pensamiento de Mayo* reivindica como hombre progresista a Bernardino Rivadavia, adjudicándole, por su enfiteusis, la aplicación del “socialismo agrario” de Henry George. En su *Manual de*

<sup>3</sup> Bartolomé Mitre, en carta a Adolfo Saldías, 5/10/1887, citado por M. A. Scenna, en *ob.cit.*, p. 100.

*Historia Argentina*, correspondiente al período de militancia en el Partido Comunista, también Juan José Real cae en idéntico despropósito al identificar a la Revolución de Mayo con el librecomercio que permitiría vincularnos al mundo y desarrollarnos. Por su parte, Leonardo Paso, durante muchos años historiador oficial del mismo Partido, en su libro *Rivadavia y la línea de Mayo*, descalifica a los caudillos federales como expresión de "feudalismo" y categoriza a los rivadavianos como fuerzas del progreso histórico. Asimismo, Alvaro Yunque —un poeta metido en la Historia bajo la orientación de Vittorio Codovilla— se preocupa en su *Breve historia de los argentinos* en maldecir a Rosas y brindar una desmesurada apología de Mitre. (Hasta Milcíades Peña, alineado en la fracción "morenista" del trotskismo —de mayor capacidad crítica y mayor laboriosidad histórica que los anteriores— cae igualmente, en la mayor parte de su obra, en la coincidencia con el esquema general de la Historia Liberal, aunque apelando a argumentos de un marxismo eurocéntrico).

En general, esta corriente historiográfica ha perdido vigencia. En la misma medida en que las agrupaciones políticas a las que pertenecen estos historiadores —sin inserción en la clase trabajadora— han entrado en sucesivas crisis, ella quedó relegada a mera pieza de museo.

### III. El revisionismo histórico rosista

Esta corriente historiográfica aparece hacia 1930, contemporáneamente con el golpe militar uriburista del 6 de setiembre. Su base ideológica está dada por el "nacionalismo oligárquico" (influido a su vez, por la derecha europea: Maurras en Francia, el auge del fascismo mussoliniano en Italia), cuyo antiliberalismo exultante, elitismo y autoritarismo expresan el proyecto

de un sector de la clase dominante, descreída ahora de las reglas de juego democráticas que peligrosamente habían facilitado el protagonismo popular con Yrigoyen a la cabeza. No es casualidad que Carlos Ibarguren con su libro *Juan Manuel de Rosas, su vida, su drama, su tiempo* resulte su principal exponente, al mismo tiempo que políticamente —desde su cargo de interventor en Córdoba designado por Uriburu— se constituye en el principal teórico del golpe militar al propiciar el reemplazo de la Constitución liberal de 1853 por una Constitución corporativa. Menos serio, pero más atractivo por su humor desenfadado, Ignacio B. Anzoátegui expresa también a esa corriente publicando *Vida de Muertos*. (Mientras Ibarguren exalta a Rosas porque es capaz de "mirar a los ganados como si fueran hombres y manejar a los hombres como si fuesen ganados"<sup>4</sup>, Anzoátegui consagra "la luminosidad imperecedera de la Edad Media"<sup>5</sup>, idolatra a Mussolini y califica a la Revolución Francesa "como el más zafio, histriónico y torcido de los movimientos sociales"<sup>6</sup>. Años después, Manuel Gálvez, Vicente Sierra y Ernesto Palacio se constituyen en figuras importantes de esta corriente "rosista".

Si la historia oficial —por probritánica— es anti-española, estos revisionistas, dada su concepción reaccionaria que aspira a resucitar la época colonial, son, por sobre todo, hispanófilos (Por supuesto, de la España de Primo de Rivera y después, de Francisco Franco y no de la España de los anarquistas asturianos). La Revolución de Mayo no provoca sus entusiasmos y puestos a elegir un prócer, se definen por Cornelio Saavedra, como expresión de un "Mayo militar y conservador, de la gente

<sup>4</sup> Carlos Ibarguren. *Juan Manuel de Rosas, su vida, su drama, su tiempo*. Ed. Theoría, 2da edición, 1962, p. 37.

<sup>5</sup> Ignacio Anzoátegui. *Vida de muertos*. Ed. Theoría, 3ra edición, 1965, p. 55.

<sup>6</sup> Ignacio Anzoátegui *Allá lejos y aquí mismo*. Sudestada, 1968, p. 29.

decente" en oposición al "Mayo popular y jacobino" representado por Moreno y sus "chisperos". Así, exaltan a un San Martín monárquico, que estudió en Colegio de Nobles y cuya devoción por el orden nutriría su desprecio por la democracia popular. Finalmente, encuentran en Rosas al gobernante autoritario y vigoroso, donde se reencarna el viejo espíritu aristocrático de la colonia y cuya jefatura asegura el orden e impide el desarrollo de ideas nuevas, así como la acción tumultuosa de las masas. Como puede observarse, estos revisionistas hacen girar nuestra historia alrededor de "grandes personalidades" —al igual que la corriente mitrista— ignorando los profundos movimientos sociales de los cuales esos «héroes» son apenas emergentes y se limitan a invertir el signo valorativo de la Historia Oficial, considerando nefastos a Rivadavia y Sarmiento y reivindicando a Rosas.

Hacia 1938, este núcleo de historiadores se organiza en el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, el cual publica una revista donde se cuestiona severamente a la Historia Oficial, tanto por sus deficiencias —intencionadas, muchas veces— en el plano de la heurística, como por su interpretación de los sucesos, ostensiblemente favorable a la vinculación de la Argentina como semicolonias respecto al Imperio Británico. En dicho Instituto prevalece la ideología del nacionalismo oligárquico (aunque años más tarde se incorporan nacional-democráticos como Jaurétche y hasta hombres de la izquierda peronista como John William Cooke) pero, a pesar de esa grave limitación, sus integrantes realizan una impropia y fructífera tarea demostrando el alto grado de falsificación de nuestra historia cometido por la corriente historiográfica oficial, con lo cual abren la posibilidad de la polémica y acicatean a nuevos investigadores.

#### IV. El revisionismo histórico forjista

Previamente a la aparición del revisionismo histórico rosista, cabe consignar la importancia alcanzada por algunos francotiradores que cuestionaron aspectos parciales de la Historia Oficial: Adolfo Saldías con su *Historia de la Confederación Argentina* (1892), Ernesto Quesada con *La época de Rosas* (1898), David Peña con su reivindicación de Facundo Quiroga (1906) y Juan Álvarez con su *Estudio sobre las guerras civiles argentinas* (1919). Asimismo, contemporáneamente a la irrupción del irigoyenismo y su llegada al poder, se desarrolla la "Nueva Escuela Histórica Argentina" en la cual sobresalen Diego Luis Molinari y Emilio Ravignani sobre los cuales resulta evidente la influencia de la vieja raíz federal del Radicalismo (Yrigoyen, nieto del mazorquero Leandro Antonio Alen, padre a su vez de Leandro Nicéforo Alem, familia rosista que cambió su apellido ante la persecución liberal). Sin embargo, más allá de meritorios trabajos de investigación y de acumulación de documentos, la posibilidad de un revisionismo histórico radical o nacional-democrático no alcanza a concretarse como corriente alternativa al liberalismo conservador dominante. Algunos integrantes de esta escuela enfilan luego hacia temas preferidos por la Iglesia Católica, como Rómulo Carbia quien llegará a idealizar el período colonial desde una perspectiva religiosa. Otros, como Ricardo Levene preferirán continuar lisa y llanamente la huella de Mitre, convirtiéndose en uno de los principales expositores de la Historia Oficial (esto no le impidió, sin embargo, practicar un fructífero oportunismo gracias al cual perdura como Presidente de la Academia Argentina de la Historia durante 25 años: desde 1934 hasta 1959. Un ejemplo interesante: Levene se preocupa por ofrecer un San Martín distinto del mitrista, un San Martín pro-federal, amigo de los caudillos, en su libro *El genio político de San Martín*



publicado, significativamente, cuando el gobierno peronista conmemora el centésimo aniversario de la muerte del Libertador).

Sin embargo, a mediados de la década del treinta, reflorece —también desde un sector ligado al radicalismo popular, aunque disidente: FORJA<sup>7</sup>— la posibilidad de una corriente historiográfica alternativa a la predominante, pero a su vez, delimitada del rosismo: puede ser calificada de “forjista” y adquiere importancia por sus aportes originales, aunque queda trunca en diciembre de 1945 al disolverse esa organización. Ella retoma la raíz federal del radicalismo (paradojalmente cuando su conducción política se subordinaba a las ideas de la clase dominante (“alvearización”) y avanzando por ese camino pone al descubierto la intervención de los intereses británicos en nuestro acontecer histórico (Raúl Scalabrini Ortiz: *Política británica en el Río de la Plata e Historia de los ferrocarriles*). En una conferencia pronunciada en agosto de 1937, Scalabrini señala los proyectos antagónicos de Moreno y Rivadavia, considerándolos “Las dos rutas de Mayo”: la primera: popular, revolucionaria y latinoamericana; la segunda: elitista, porteña y proeuropea. En esa conferencia, resume su línea histórica en estos nombres: “Moreno-Rosas-Yrigoyen”. Años después —1948— en otra conferencia, acentúa su diferencia tanto del mitrismo como del rosismo, corrigiéndola de este modo: “...Las preclaras ideas de Moreno... algunos párrafos e intenciones de Manuel Dorrego, el instinto certero de los caudillos federales y algunos relámpagos de

<sup>7</sup> FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina). Nace como corriente interna del radicalismo en 1935. Retoma y profundiza el ideario irigoyenista, al tiempo que desarrolla un crítica implacable al régimen semicolonial agroexportador, dependiente del Imperio Británico. Sus orientadores ideológicos fueron Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche. En diciembre de 1945 se disolvió y la mayor parte de sus integrantes se incorporaron al naciente peronismo.

inspiración de Juan Manuel de Rosas...”<sup>8</sup>. Arturo Jauretche, otro de los forjistas más importantes —aunque muchos años después (1961)— aporta *Política nacional y revisionismo histórico* desnudando “la política de la historia” manejada por la clase dominante. (Aunque más cercano al rosismo que Scalabrini Ortiz, Jauretche manifiesta, a su vez, coincidencias con la corriente historiográfica socialista, latinoamericana o federal provinciana, especialmente en la interpretación del periodo 1880-1890).

### V. El revisionismo rosista peronista

El revisionismo rosista de derecha alcanza a ocupar cierto espacio cultural bajo el peronismo, entre 1945 y 1955, pero no logra divulgar su concepción al resto de la sociedad (Es conocido que el propio gobierno peronista bautiza a los ferrocarriles nacionalizados con nombres de próceres liberales). Paradojalmente, a la caída del peronismo, en 1955, la revisión de la Historia Oficial comienza a ganar las simpatías populares lo cual provoca, a su vez, una “popularización” del viejo revisionismo. Al calor de la analogía establecida entre Perón y Rosas (ambos desterrados y denigrados, sus partidarios, perseguidos y el Alte Rojas reivindicando la línea Mayo-Caseros), el pueblo comienza a desconfiar de la Historia Oficial. Si ahora se tergiversaban los hechos, seguramente lo mismo se habría mentido antes. (Aunque, evidentemente, en esta comparación sale ganando Rosas pues se le alivia de sus aspectos reaccionarios). Esta receptividad popular favorece el desarrollo y difusión de un “rosismo popular” y alguien pudo decir, burlonamente, que el Alte Rojas era quien más había hecho por el crecimiento y difusión del revisionismo histórico.

<sup>8</sup> Raúl Scalabrini Ortiz. *El capital, el hombre y la propiedad en la vieja y en la nueva constitución*, folleto, 1948, p. 21.

Ahora Don Juan Manuel resulta exaltado, principalmente, como defensor de la soberanía ante la prepotencia anglo-francesa y ya no tanto en su carácter de estanciero que ponía orden en las estancias y en el país, como en el libro de Ibarguren. José María Rosa y Fermín Chavez aparecen, entonces, como los principales exponentes de esta corriente. Mientras Chavez llega incluso a reivindicar a algunos caudillos provincianos no rosistas (como El Chacho y López Jordán, aunque intentando morigerar sus enfrentamientos con Rosas), José María Rosa redacta su *Historia Argentina* en varios tomos intentando mostrar al Restaurador no sólo como caudillo bonaerense sino como defensor de un proyecto nacional (De ahí la defensa de la Ley de Aduanas de 1835 como herramienta de unión nacional y protección económica).

También los escritos y polémicas de Arturo Jauretche juegan aquí un rol importante, desde una óptica más netamente popular y democrática. Asimismo, desde la izquierda peronista se producen importantes incursiones historiográficas, como las de John William Cooke, en gran medida dispersas como ocurre a menudo con los militantes y más tarde por parte de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Duhalde, en cuyos trabajos se observa la intención de asentar, cada vez más, el relato histórico en el protagonismo de las masas (Es cierto, sin embargo, que en su *Felipe Varela contra el Imperio Británico*, los esfuerzos por mostrar un Varela cercano a Rosas a través del relato, se desmoronan en el Apéndice donde los documentos reproducidos prueban contundentemente el antirrosismo del caudillo catamarqueño).

Este rosismo popular alcanza gran predicamento entre los sectores populares y entre el alumnado universitario en la segunda mitad de los años sesenta. Luis Alberto Romero asocia este suceso al marco autoritario del Onganiato"

<sup>1</sup> Luis Alberto Romero. Revista *Todo es Historia*, N° 280, octubre de 1990.

pero parece más acertado conectarlo con el fenómeno de radicalización y nacionalización de las clases medias producido por entonces. En jóvenes contestatarios, impulsados por la necesidad de construir una Argentina distinta, resulta natural la simpatía por una historia opuesta a la Oficial donde las masas —y no las minorías— de un modo u otro, aparecen como protagonistas.

## VI. La «Historia Social»

En las últimas décadas se ha consolidado otra corriente historiográfica denominada "Historia Social". Su perfil más destacable está dado por el reconocimiento de defectos a algunos próceres liberales, así como la admisión de méritos a algunos personajes denigrados por la Historia Oficial, por lo que podría juzgarse como el intento de alcanzar una síntesis superadora de las viejas disputas. Juzgamos, sin embargo, que en última instancia esta corriente constituye sólo una variante socialdemócrata del mitrismo, pues si bien no ratifica plenamente a la Historia Oficial, ofrece un relato proclive a la conciliación y al equilibrio, legitimador de lo ocurrido, que concluye, de una manera oblicua, coincidiendo con la clase dominante.

Desde el punto de vista historiográfico, esta corriente recibe una fuerte influencia de la escuela francesa "Annales d'histoire économique et sociale" (iniciada en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre y enriquecida luego con los aportes de Fernand Braudel), así como de la sociología funcionalista norteamericana (Robert Merton) mientras que en lo ideológico se encuentra subordinada a la irradiación que proviene de la socialdemocracia europea cuyo barniz "progresista" (cientificismo, civilismo, democracia, ecologismo, etc.) recubre su vocación por la conciliación de clases que la

constituye en columna importante del orden social vigente.

No es casual, entonces, que la Historia Social nazca poco después del golpe militar de setiembre de 1955, en el clima de «la restauración democrática» —del cual participa una fervorosa clase media «progresista»— e impulsada, desde la propia Universidad de Buenos Aires, por su interventor José Luis Romero quien se define como “socialista reformista”<sup>10</sup>. Integrante del Partido Socialista —uno de los pilares civiles del gobierno Aramburu-Rojas— Romero estaba dedicado desde hacía tiempo a la investigación histórica revelándose como un intelectual honesto y profundo, pero su atención se había centrado en el período medieval (*La Edad Media*, 1949). Otros trabajos importantes como *La crisis de la república romana*, *El espíritu burgués y la crisis del bajomedioevo* y *El ciclo de la revolución contemporánea* lo condujeron a Romero, después de ser becado por la fundación Guggenheim, a integrar la “Medieval Academy of America”<sup>11</sup>. Su preocupación por la Historia Argentina (“*Las ideas políticas en Argentina*”, 1956 y *Breve Historia de la Argentina*, 1978) no fue intensa y él mismo reconoce, en diálogo con Félix Luna, que “lo que hice sobre Historia Argentina fue movido más por vocación ciudadana que por vocación intelectual”<sup>12</sup>. En esos libros, no va mucho más allá de sus camaradas del Partido Socialista pues juzga a la presidencia de Mitre como “de afirmación de la unidad nacional” y de “política de principios”<sup>13</sup>. En el campo historiográfico, publicó *Mitre, un historiador frente al destino nacional* (1943) manifestando luego que “lo que me llama la atención en

<sup>10</sup> José Luis Romero en *Conversaciones con José L. Romero*, de Félix Luna. Ed. Belgrano, 1978, p. 158.

<sup>11</sup> *Gran Enciclopedia Argentina* Tomo VII, p. 226. Dirección Diego Abad de Santillán.

<sup>12</sup> José L. Romero. *Conversaciones...* p. 29.

<sup>13</sup> José Luis Romero *Las ideas políticas en Argentina*. Edit. Fondo de Cultura Económica 1956, 2da edición, p. 156.

Mitre es una pasión muy intelectual, y esa es una de las razones por la cual yo tengo un gran respeto por su obra”<sup>14</sup>, aunque reconoce que “el defecto de la concepción de Mitre es la ignorancia del interior”<sup>15</sup>. Con respecto a sucesos más cercanos, Romero opina que “la prédica de Perón —revolucionaria y reaccionaria a un tiempo como todo fascismo—... arraigó en la conciencia de ciertos grupos sociales, pertenecientes a la categoría que ha sido calificada como lumpen-proletariat”<sup>16</sup> y en sus *Conversaciones con Félix Luna* ratifica que “La obra de Perón fue un fracaso total...”<sup>17</sup>.

Sin embargo, su seriedad profesional manifestada en el campo de la Historia Europea, lo lleva a Romero a impulsar la modernización de los estudios históricos en la Argentina. Así, promueve la cátedra de Historia Social desde la cual —con el apoyo de la cátedra de Sociología, por entonces en manos de Gino Germani— enriquece la investigación con nuevas metodologías y el aporte de otras disciplinas. Nace de este modo esta nueva corriente historiográfica enriquecida, poco después, por la incorporación de Tulio Halperín Donghi (Designado Decano de la Facultad de Filosofía y Letras en 1957), algunas de cuyas obras (*Argentina en el callejón*, 1964 e *Historia contemporánea de América Latina*, 1969) le permiten ganar prestigio académico.

Algunas características de la nueva corriente evidencian el mayor nivel científico alcanzado respecto a la escuela mitrista: otorga modesto papel a las individualidades, recibe aporte de otras disciplinas, desde la economía a la demografía, la sociología, etc., como asimismo de la Estadística (serie de precios, por ejemplo). Pero, no obstante esa renovación método-lógica esta corriente no formula una interpretación liberada de la

<sup>14</sup> José L. Romero. *Conversaciones...* p. 25.

<sup>15</sup> *idem ob. cit.* p. 27.

<sup>16</sup> José L. Romero. *Las ideas políticas...* p. 247.

<sup>17</sup> José L. Romero. *Conversaciones...* p. 124.



influencia ideológica de los sectores dominantes, es decir, de la fuerte presión del liberalismo conservador. Su versión histórica resulta más seria e interesante, incorporando, en muchos casos, descubrimientos y tesis provenientes de otras corrientes historiográficas (aunque generalmente oculta el origen de esos aportes) pero concluye finalmente ofreciendo solo una visión más elaborada y "científica" que, en última instancia, continúa atrapada por la óptica y los valores de la clase dominante, aunque con un perfil socialdemócrata. Una de las pruebas de esta subordinación estriba en que mientras rinde una veneración respetuosa al mitrismo y a sus próceres, prodiga esfuerzos en denostar al revisionismo histórico rosista (a veces, con razón, como cuando lo califica de "decadentista"), y al "neorrevisionismo de izquierda". Asimismo, por distintos caminos, llega demasiado a menudo a las mismas metas que la historiografía tradicional: Tulio Halperín Donghi, por ejemplo, se esfuerza por restarle méritos a José Hernández<sup>18</sup>, descalifica la lucha de Felipe Varela<sup>19</sup>, encuentra nuevos modos de reivindicar a Sarmiento<sup>20</sup> y llega a sostener que ciertas reflexiones de Scalabrini Ortiz se colocan "al borde del deliro sistemático"<sup>21</sup>, mientras Hilda Sabato y María Gramuglio suponen que Halperín coincidiría con Jorge L. Borges en preferir "la civilización propuesta por el *Facundo* de Sarmiento y no la barbarie del *Martín Fierro*"<sup>22</sup>.

El prestigio alcanzado por la Historia Social en los ámbitos intelectuales del mundo oficial, así como el predominio de sus posiciones en la Universidad, permiten inferir que la clase dominante, al tiempo que mantiene

<sup>18</sup> Tulio Halperín Donghi, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985.

<sup>19</sup> Tulio Halperín Donghi, *Punto de vista*, revista, N° 23, abril de 1985, p. 16.

<sup>20</sup> Tulio Halperín Donghi, *Clarín*, Buenos Aires, 21/4/88.

<sup>21</sup> T. H. Donghi, *Punto de Vista*, N° 23, abril 1985, p. 13.

<sup>22</sup> Hilda Sabato y María Gramuglio, *Punto de Vista* N° 26, abril de 1986, p. 22.

incólume al viejo mitrismo en la Academia, los colegios y los medios de comunicación, considera beneficioso para el orden constituido la difusión de esta versión más "equilibrada" de nuestra Historia. En este sentido, la Historia Social se ofrece como interpretación "ponderada", menos "tendenciosa", donde las duras y graves luchas producidas diluyen sus muertos y su sangre ante el lente prudente y amable del investigador, de donde resulta que aquellos que se degollaron unos a otros concluyen concurriendo como iguales a la construcción de la Argentina en que vivimos, aunque entre líneas y de manera sesgada, unos, los liberales, "son más iguales que los otros". De este modo, la pretendida e imposible ecuanimidad se transforma en un eclecticismo aparente que recubre de crema y agridulces frutillas al antiguo postre mitrista. En este sentido, Arturo Jauretche señala con razón que este "bendigo a tutti", semejante al del Papa desde las ventanas del palacio Vaticano, resulta tramposo pues no sólo se formula en un medio donde prevalece la apología de unos y la injuria sobre otros, sino que, además, impide la crítica histórica profunda diferenciando entre los proyectos que aportaron a nuestro progreso y aquellos que promovieron nuestro estancamiento y aún nuestro retroceso.

Una lectura de las obras de esta corriente permite observar cómo bajo el presunto equilibrio se manifiesta la tendencia en favor de las elites. Así, sólo la recóndita raíz liberal de esta corriente historiográfica explica que un profesor renombrado como Halperín caiga en una maniobra poca seria llevado por su afán antiperonista: tanto en *Argentina 1930/1960. Crónica de un período*<sup>23</sup>, como en *La democracia de masas*<sup>24</sup> dedica una sola línea al bombardeo de Plaza de Mayo del 16/6/55, sin hacer siquiera referencia al probable número de muertos; ni al

<sup>23</sup> T. H. Donghi, *Crónica de un período*, Sur, 1961, p. 64.

<sup>24</sup> T. H. Donghi, *La democracia de masas*, Paidós, 1991, p. 83.



ametrallamiento de civiles por parte de los golpistas ya en huida hacia Montevideo, pero en cambio, seguidamente, se extiende en una larguísima referencia (en un caso, 20 líneas) acerca de los incendios de iglesias ocurridos esa misma noche. Del mismo modo, el perfil liberal de izquierda o socialdemócrata aparece nitidamente cuando esta corriente aborda el tema de la dependencia y la cuestión nacional. Para el viejo liberalismo no existió dominación extranjera sobre la Argentina y por tanto, los intentos de reivindicación nacional fueron apenas una reacción bárbara y xenófoba, de resistencia a la civilización. La Historia Social, en cambio, reconoce la dependencia respecto al Imperio Británico y aún admite la actual condición de subordinación a los Estados Unidos, pero legitima a ambas, negando toda posibilidad de política alternativa: "Creo que no es necesario explicar por qué no hablamos más de dependencia —afirma Halperín Donghi—. No porque no creamos que haya dependencia sino porque las recetas para escapar de la dependencia resultaron todas malas y quejarse de la dependencia es más o menos como quejarse del régimen de lluvias"<sup>25</sup>. Y en otra oportunidad, apunta: "...Considerando los usos que la idea de lo nacional tuvo en la Argentina, cuántos crímenes sirvió para justificar, no me parece una desgracia que en este momento se haya mandado a guardar... En la Argentina ha sido más cierto que en cualquier otro lado aquello que decía Samuel Johnson de que el patriotismo es la excusa de un canalla"<sup>26</sup>.

En la misma línea, Luis Alberto Romero sostiene que debe estudiarse la historia argentina "en un marco de referencia mundial"<sup>27</sup>. Cabe recordar, entonces, otra enseñanza de Jauretche: "Ver el mundo desde aquí", que no significa un estrecho localismo sino observar los

<sup>25</sup> T. H. Donghi. *Punto de Vista*, N° 45, Agosto 1993, p. 11.

<sup>26</sup> T. H. Donghi. *Clarín*, Buenos Aires, 4/7/93.

<sup>27</sup> Luis A. Romero, *Clarín*, Buenos Aires, 12/9/94.

sucesos argentinos desde Argentina, Latinoamérica y el mundo periférico, en ese orden, y valorar según conveniencias y destino de esa porción del planeta. Romero, en cambio, propugna una mirada antagónica, pues al decir "el mundo", agrega "occidental", refiriéndose, entonces, no a la Tierra en su conjunto, sino al "Primer Mundo" de los países centrales, del cual Argentina es apéndice. De esta manera, diluye toda pretendida "identidad nacional" y legitima en cambio, una óptica colonial.

Estas definiciones explican el favor oficial que recibe esta corriente historiográfica, hoy imperante en la Universidad de una Argentina subordinada a los grandes poderes económicos mundiales. También explica que esta corriente —al igual que el mitrismo— haya sido capaz de generar una vertiente divulgadora dirigida, en especial, hacia las clases medias. Tal ocurre con Félix Luna, historiador también "equilibrado", capaz de reconocer virtudes y defectos a cada uno de los antagonistas (aunque siempre más a unos que a otros) quien ha conseguido no sólo mantener la publicación de la revista *Todo es Historia* durante 27 años, sino que ha alcanzado un singular éxito de público con sus libros en los últimos tiempos.

Evidentemente, existe una marcada diferencia de nivel entre los trabajos de Luna y los de los profesores de la Historia Social, que Luis Alberto Romero se preocupa por señalar, calificando a Luna de "periodista-historiador"<sup>28</sup>. Pero, la coincidencia en el relato "equilibrado" y "eclectico" los une, aunque trabajen para diversos públicos y el mismo Romero también se ocupa de indicarlo en un texto donde brota la propia radiografía de la corriente de "Historia Social": "...Luna es un escritor de talento verdaderamente notable para contar la historia. Amén de sus méritos personales, su éxito habla también

<sup>28</sup> L. A. Romero en *Todo es Historia*, Buenos Aires, octubre 1990, p. 55.

de sensibilidades y apetencias de nuestra sociedad, tan distintas de las de los setenta: amenidad, escasa problematización, tendencia a eludir las cuestiones de fondo y las confrontaciones y sobre todo una inclinación clara y definida a privilegiar las «armonías» por sobre los «conflictos», a demostrar cómo todos —unitarios y federales, peronistas y antiperonistas— contribuyeron, en alguna medida, a construir nuestra sociedad»<sup>29</sup>.

Luna resulta, pues, “el Grosso” de la corriente de Historia Social, donde Halperín es Mitre (O “el Borges”, por lo frío y desapasionado, aún cuando el propio Luna lo califica a José L. Romero como “el Borges de la Historia”<sup>30</sup>). Mientras, Luis A. Romero colabora en *Todo es Historia* y se desempeña como eficaz gerente administrativo de la corriente en la Universidad distribuyendo cátedras y becas: “La buena historia —afirma Romero (h)— domina en la mayoría de las Universidades. Una gran cantidad de jóvenes historiadores, con fuerte sentido profesional, tienen becas, realizan doctorados en el exterior o en el país, escriben monografías y hacen buenas carreras”<sup>31</sup>. Asimismo, Romero (h) confiesa que tanto él, como sus colegas de la corriente, profesan hoy un total desinterés por construir una interpretación global de todo nuestro pasado que constituya un punto de partida para enfrentar los problemas del hoy y aquí: “Los historiadores profesionales escriben sobre temas interesantes y variados... Los paradigmas son en extremo variados... La dispersión temática y el eclecticismo —tendencias de la historiografía contemporánea— testimonian la actualización de nuestra práctica. Pero también reflejan un problema, general, aunque no por eso menos sensible: el escaso interés que los historiadores manifestamos por integrar estos avances dentro de una nueva visión

general de la Historia, un “gran relato”... El escaso interés también, por discutir los problemas y nudos conflictivos de ese relato”<sup>32</sup>. (Cabría aquí apuntarle a Romero que esa negativa está desnudando la profunda crisis de los sectores dominantes, de la cual resulta su crisis filosófica, propia de quien se refugia en el microanálisis y la dispersión temática porque se siente impotente para formular el cuadro histórico general).

De este modo, las nuevas técnicas de investigación con que la Historia Social ha superado al inconsistente mitrismo tradicional, no impiden que ésta reitere una óptica histórica donde las masas populares no son las decisivas protagonistas. Por el contrario, si —por demasiado ingenua— oponen algunos reparos a la alternativa “civilización o barbarie”, la reemplazan a menudo por antinomias como “modernización o atraso” y “democracia o autoritarismo”, en las cuales subyace la simpatía por las banderas sustentadas por las elites. No es menos significativo que la mayoría o casi totalidad de los historiadores de esta corriente adhiera a posiciones políticas socialdemócratas (tanto sea al alfonsinismo, la Unidad Socialista o los sectores conciliadores del Frente Grande). Del mismo modo, una evaluación sería de esta corriente no puede restar importancia a sus fuertes vínculos con el exterior y sus consiguientes bases de financiación (Becas de las fundaciones Rockefeller y FORD, apoyo de la Asociación francesa Marc Bloch, becas de la Guggenheim o empleo permanente por más de treinta años en universidades norteamericanas, como es el caso de Halperín Donghi, en Berkeley). En el caso de la revista *Todo es Historia* no sólo cuenta con el respaldo publicitario de grandes empresas automotrices y grandes Bancos locales y extranjeros sino que incluso llegó a editar, como suplemento, un informe apologetico

<sup>29</sup> L. A. Romero. *Clarín*, Buenos Aires, 22/9/94.

<sup>30</sup> Félix Luna en *Conversaciones con José L. Romero*, p. 152.

<sup>31</sup> L. A. Romero. *Clarín*, Buenos Aires, 22/9/94.

<sup>32</sup> Idem.

sobre la historia de la empresa petrolera Shell<sup>33</sup>, sin olvidar que su director Félix Luna asumió personalmente un aviso publicitario televisivo de Telefónica Argentina para garantizar las delicias de las privatizaciones.

### VII. El revisionismo federal-provinciano, socialista o latinoamericano

En las últimas décadas, se ha desarrollado otra corriente historiográfica que puede considerarse como la repercusión, en el campo de las ideas históricas, de la mayor presencia alcanzada por los trabajadores en nuestras luchas políticas. Desde el punto de vista de las principales figuras reivindicadas (Artigas, El Chacho, Felipe Varela y en general, los caudillos populares del interior y del litoral) se la ha llamado "revisionismo federal-provinciano". Pero si la juzgamos según la cosmovisión ideológica empleada para interpretar el desarrollo histórico (rechaza el culto a los héroes, explica los acontecimientos en función del enfrentamiento entre las clases sociales y considera a los sectores populares como protagonistas principales del progreso histórico), cabe calificarla como revisionismo socialista. También se la suele definir como "revisionismo latinoamericano" en tanto se niega a la estrecha óptica de las patrias chicas y considera "nación" a la Patria Grande de San Martín y Bolívar (Señala que sólo desde una perspectiva latinoamericana resulta posible entender la Revolución de Mayo, coincidente con otros estallidos en diversas capitales latinoamericanas, así como el artiguismo, que excede largamente su influencia sobre la Banda Oriental para alcanzar a todo el litoral; del mismo modo, la campaña sanmartiniana en Chile y Perú, con bandera no argentina y ejército "robado" a Buenos Aires, y más

<sup>33</sup> Suplemento especial de *Todo es Historia*, Buenos Aires, agosto 1987. «Cincuenta años y un destino: Shell, una página del progreso argentino».

aún, la Guerra del Paraguay que vista desde el reducido localismo argentino concluiría calificando de "traidores a la Patria" a Juan B. Alberdi, Felipe Varela, José Hernández, Carlos Guido Spano y tantos otros).

Pueden considerarse precursores de esta corriente al Juan Bautista Alberdi de la vejez (*Escritos Póstumos*), Juan Álvarez (*Estudio sobre las guerras civiles argentinas*) y Manuel Ugarte<sup>34</sup>, entre otros. Ya en nuestra época, sus posiciones aparecen expresadas en líneas fundamentales en *José Hernández y la Guerra del Paraguay* (1954) y en *Cuadernos de Indoamérica*, ambos ensayos firmados por Enrique Rivera aunque resultado de discusiones colectivas del grupo "Frente Obrero"<sup>35</sup>. En los *Cuadernos...* se sientan polémicamente las bases de esta corriente historiográfica al criticar el libro *América Latina, un país*, de Jorge Abelardo Ramos, (Posteriormente, Ramos asumió esas críticas, aunque con ciertas deformaciones y simplificaciones, en *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*). Asimismo, integran este revisionismo los ensayos de Juan José Hernández Arregui, especialmente *Imperialismo y cultura y Formación de la conciencia nacional*.

Esta corriente historiográfica avanza por caminos poco transitados por las corrientes anteriores como, por ejemplo, la caracterización de la Revolución de Mayo como un momento de la revolución latinoamericana y a ésta, como un momento de la revolución democrática española iniciada en 1808, el planteo de la cuestión nacional-latinoamericana o la explicación del "granero del mundo" en función de la renta agraria diferencial de la pampa húmeda.

<sup>34</sup> Manuel Ugarte. *El porvenir de la América española. La reconstrucción de Hispanoamérica*.

<sup>35</sup> "Frente Obrero". Agrupación socialista revolucionaria que en octubre de 1945 señaló el carácter históricamente progresivo del peronismo naciente, sosteniendo la necesidad de acompañar esa lucha desde una perspectiva socialista, manteniendo la independencia política, ideológica y organizativa.



Los sectores populares resultan —según esta interpretación— los protagonistas del progreso histórico de los argentinos, en permanente lucha contra poderosos intereses nativos aliados al capital extranjero. Halperín Donghi, después de manifestar su desagrado por esta corriente y pretender descalificarla, admite, sin embargo, que “el neorrevisionismo de izquierda se identifica con una historia continuada pero soterrada que gracias a ellos aflora por un instante: es la de las clases oprimidas, tan antigua como la misma Argentina”<sup>36</sup>. Como expresión de estas fuerzas sociales históricamente progresivas, esta corriente reivindica al morenismo, al artiguismo, al dorreguismo, a los caudillos federales (en especial, El Chacho y Felipe Varela), al roquismo (en su etapa antimitrista), al irigoyenismo y al peronismo. Desde esa perspectiva, exalta a figuras claves de la lucha por la emancipación nacional y social de los argentinos, como Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche, Manuel Ugarte, John W. Cooke, Agustín Tosco, Rodolfo J. Walsh y tantos otros convertidos en “malditos” por el aparato de la “colonización pedagógica” instrumentado por la clase dominante. Al mismo tiempo, en el plano de la Patria Grande, reivindica las luchas de Bolívar, San Martín, Martí, Sandino, Ernesto Guevara, Fidel Castro y tantos otros patriotas latinoamericanos vituperados por el liberalismo-conservador e ignorados o deformados por el viejo rosismo.

El autor de este ensayo —consecuente con lo manifestado en líneas anteriores— disipa desde ya toda confusión o equívoco de los lectores informándoles que adhiere a esta última corriente historiográfica, tanto por considerar que sus explicaciones otorgan mayor coherencia al devenir de los sucesos acercándose a lo que fue nuestro pasado, como así también por compartir la cosmovisión ideológica desde la cual se los relata.

<sup>36</sup> T. H. Donghi. *Punto de Vista*, abril 1985, p. 16.

Felipe Varela. Fotografía obtenida en Chile presumiblemente en 1865.

